



## El alma gaucha.

**E**L gaucha—decíame el poeta Obligado, con voz velada por la melancolía—, el gaucha puede asegurarse que ya no existe.»

Estas palabras del cantor de *Santos Vega*, casi todos los escritores de Buenos Aires me las repitieron después:

«Ya no hay gauchos...»

Y, sin embargo, los mismos que así se expresan no pueden luego, cuando se trata de cosas de la tierra argentina, dejar de hablar del gaucha como de un sér viviente y palpitante. Del rostro de uno os dicen: «Es gaucha.» Del valor caballeresco de otro: «Es gaucha.» De las aventuras políticas de un tercero: «Es gaucha.» Y esto no es todo. Los poetas, los novelistas, los dramaturgos, pin-

tan á cada momento, colocándolos en la atmósfera de nuestros días, gauchos y gauchas. He aquí, cual ejemplo típico, el *Alma gaucha*, de Alberto Ghirardo, que casi es una transposición á la escena actual del poema de Martín Fierro. Y junto á esta hay cientos, hay miles de obras, no diré iguales por la importancia, sino por el asunto. Con hojear una colección de cualquier revista de los últimos años basta, en efecto, para hallar infinidad de cuentos gauchos que no son evocaciones de épocas pasadas, sino pinturas del momento.

¿Cómo explicarnos tal contradicción?...  
¿Cómo aceptar que el personaje más popular, el que más preocupa al país entero, el que más simpatías inspira, el que más hace hablar de su vida y de su carácter, sea sólo un fantasma?...

A decir verdad, la contradicción no es de hoy. Ya en el romancero de la raza, Martín Fierro dice:

«Recuerdo, ¡qué maravilla!,  
»cómo andaba la gauchada:  
»siempre alegre y bien montada  
»y dispuesta pa el trabajo...

»Pero al presente, ¡barajo!,  
»no se la ve de aporriada.»

Aporreada por la suerte está hoy también la gauchada, que ya no tiene para consolarse de sus penas ni sus trajes pintorescos, ni sus sombreros extraños, ni sus arreos suntuosos. Aporreada está por el trabajo, por las nuevas necesidades de la existencia, por las divisiones de los antiguos «pagos» en estancias cercadas, por la paz perpetua. Pero yo creo que, aporreada y todo, sigue teniendo, no sólo su misma alma indómita y novelesca, no sólo su inspiración y sus supersticiones, sino hasta su misma vida de centauro cantor y pendenciero. Hablando de las costumbres campesinas de nuestros días, Roberto Payró escribe: «Escuche el observador en las reuniones de paisanos, bailes, velorios, yerras; deténgase, si le es más cómodo, en la concurrida ramada de una pulpería: oirá comentar largamente las últimas carreras, la gran partida de taba, la riña de gallos, el reciente combate á cuchillo, las marcas de la hacienda, la pérdida ó la cercada de animales, el contrapunto de los payadores mentados, las puñaladas que die-

»ron ó recibieron los circunstantes, la aparición de otras almas en pena, los milagros »del curandero.» Y si todo esto existe aún, ¿cómo proclamar que el gaucho ha muerto?

\*

No, no puede haber muerto el noble pastor, el rudo jinete de la pampa, el que hace apenas medio siglo formaba las huestes guerreras y las huestes aventureras del país.

—Lo que pasa—me dice uno de los argentinos que aun creen en la existencia de la gauchada—es que ya no puede lucir sus mejores prendas personales, y que, en el aburrimiento relativo en que vive, prefiere no dejarse ver. Porque, en realidad, para hacer admirar sus virtudes y sus habilidades, el gaucho necesita tiempos menos ordenados que los nuestros. ¿Para qué quiere usted que sirvan hoy los rastreadores y los baquianos?... Y el gaucho malo, el gaucho solitario, que era el más típico de todos, ¿cree usted que puede subsistir en un país de ferrocarriles?...

Está bien; aceptemos que ya no existen aquellos maravillosos rastreadores pintados

por Sarmiento, que podían durante meses seguir á través de la pampa las huellas invisibles de un hombre; aceptemos que ya no hay solitarios «malones» de los que, confiados en la rapidez de sus caballos y en la eficacia de sus puñales, eran al mismo tiempo los salteadores y los caballeros andantes de la estepa; aceptemos que ya no se ven, al menos en activo servicio, baquianos rivales de Rosas, capaces de conocer, por el sabor, todos los pastos de todas las estancias del Sur. Pues bien; aun suprimiendo estos tipos novelescos y aun despojando al país entero de sus trapos pintorescos, siempre me parece que queda el jinete con cara y con alma de árabe que cree en todas las supersticiones, que ama todos los peligros, que se embriaga de heroísmo, de independencia, de aire libre y de movimiento, que adora su caballo y confía en su puñal, que es, en fin, un pastor y un poeta, un poeta sobre todo.

¿Lo dudáis?

Dad entonces una guitarra á un campesino de la pampa, rodeadle de compañeros que exciten su orgullo, ofrezcédle unas copas traídas de la pulpería y no tardaréis en ver revivir el alma del antiguo payador de la cam-

pañá. Porque, como dice muy bien Sarmiento, el «paisano» es, por esencia, poeta y músico; esto es, doblemente poeta. Y si las condiciones necesarias para la persistencia de otras cualidades de «caballería rusticana» van desapareciendo de día en día, en cambio la atmósfera que en los llanos determina el carácter poético existe hoy y existirá de seguro muchos siglos aún. «¿Cómo ha de »dejar de ser así—leemos en el *Facundo*— »cuando, en medio de una tarde serena y »apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el »cielo mientras se cruzan dos palabras, y »de repente el estampido del trueno anuncia »la tormenta que deja frío al viajero y reteniendo el aliento por temor de atraerse »un rayo de dos mil que caen en torno suyo? »La obscuridad sucede después á la luz; la »muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un »momento reconcentrarse en sí mismo y sentir su nada en medio de aquella Naturaleza »irritada; sentir á Dios, por decirlo de una »vez, en la aterrante magnificencia de sus »obras. ¿Qué más colores para la paleta de »la fantasía? Masas de tinieblas que anublan

»el día, masas de luz lívida, temblorosa, que »iluminan en ese instante las tinieblas y »muestran la pampa á distancias infinitas, »cruzándolas vivamente el rayo, «en fin, símbolo del poder. Estas imágenes han sido »hechas para quedarse hondamente grabadas. Así, cuando la tormenta pasa, el gaucho se queda triste, pensativo, serio, y »la sucesión de luz y tinieblas se continúa »en su imaginación, del mismo modo que, »cuando miramos fijamente el Sol, nos queda un largo tiempo su disco en la retina.

»Preguntadle al gaucho á quién matan con »preferencia los rayos, y os introducirá en »un mundo de idealizaciones morales y religiosas, mezcladas de hechos naturales, »pero mal comprendidos; de tradiciones superstitiosas y groseras. Añádase que si es »cierto que el flúido eléctrico entra en la economía de la vida humana y es el mismo »que llaman flúido nervioso, el cual, excitado, subleva las pasiones y enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener »para los trabajos de la imaginación el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada »de electricidad, hasta el punto que la ropa,

»frotada, chisporrotea como el pelo contrariado del gato.

»¿Cómo no ha de ser poeta el que presencia estas escenas imponentes?»

Copio esta admirable página de Sarmiento porque ella me parece la mejor respuesta á aquellos que, dando una importancia exagerada á los trajes, á los arreos, á las formas exteriores, desdeñan, al estudiar la psicología del pampero, los elementos esenciales de clima y de cielo. El campesino actual puede vestir y hablar de una manera menos pintoresca que los contemporáneos de Rosas. Su existencia puede ser menos nómada que la de los baquianos de hace medio siglo. Su rancho puede tener ya los rudimentos del confort moderno. Eso, ¿qué importa en el fondo? Jinete, pastor y poeta, el gaucho conserva siempre, á pesar de sus nuevas modalidades, la misma alma de sus antepasados, y ni es menos centauro por no llevar «chiripá», ni es menos caballeresco cuando su honor está en juego, ni canta menos por no cantar bajo un ombú solitario, ni su hospitalidad es menor por ejercerse en lugares menos primitivos.

\*

Yo he pasado una noche en las inmediaciones de Buenos Aires, en una casita rústica habitada, en medio de una estancia, por un pastor cuya figura y cuya alma me parecieron iguales á las que vemos en las estampas de hace cincuenta años.

—Este paisano—me dijo el amigo que me había invitado á aquella excursión—es un verdadero Martín Fierro.

En realidad, más que en el héroe del viejo poema nacional, pensé, cuando le oí contar su historia, en el personaje principal del *Alma gaucha*. Como Cruz, en efecto, nuestro hombre había sido soldado, y por un movimiento de mal humor ante un oficial había pasado ante un Consejo de guerra. Sólo que, en vez de condenarle á muerte, sus jueces le mandaron á pasar unos años á presidio.

—Si no fuera por mi china—murmuraba, contemplando á su gaucha, morena y esbelta—, me habría matado... Ella me dió paciencia...

Y yo pensé, viendo el noble y enjuto rostro de la mujer que trataba de sonreír y de decir bromas para quitar dolorosa solemnidad á las evocaciones de su amante, en aquella magnífica alma que

lo trágico á lo travieso  
mezcla en su sangre tostada,  
y así, tan pronto da un beso  
como da una puñalada.

Pero cuando sentí verdaderamente que todo el corazón pampeano palpitaba bajo aquel techo rústico; cuando me di cuenta de que nada desaparece, que nada muere y que en sus avatares modernos los hombres siguen teniendo las pasiones de sus abuelos; cuando comprendí que el gaucho es hoy un sér tan real cual el hidalgo, aunque uno y otro hayan perdido sus viejos trajes pintorescos, fué cuando nuestro hombre, después de apurar tres jícara de mate, cogió la guitarra y comenzó á cantarnos coplas preñadas de altivez y de resignación, de bravura y de piedad, de galantería y de dureza, de entusiasmo salvaje por la independencia y de amor desesperado del campo. ¿Eran suyos aquellos versos, como me lo aseguraba mi amigo, ó eran eco de coplas oídas en las pulperías? Poco importa. El instinto del poeta veíase en la emoción y en la expresión. Cada nota salía del fondo de su pecho, cada quejido correspondía á una fibra de su sér, cada gesto orgulloso resultaba un signo de personal ga-

llardía. Visiblemente no era para nosotros para quienes cantaba. Era para sí mismo. Sin levantar los ojos de la guitarra, refería penas suyas, miserias suyas, humillaciones suyas, y de pronto, como desgarrando la suave melopea de las lamentaciones, rasgueaba nervioso las cuerdas para proclamar un triunfo en una pelea, un éxito en una doma de potros, una apoteosis entre los brazos de su amada. Su china, su caballo, su daga, su libertad, su honor y su pampa: he ahí sus amores. En cuanto á su odio, era lo que se oponía á su vida independiente y altiva de pastor y de domador. Todo esto, en las coplas, sencillas como los cantares andaluces, mezclábase en combinaciones inesperadas y patéticas, que daban á los sentimientos un carácter á la vez delicado y rudo. Para su china, sobre todo, tenía acentos contradictorios, en los cuales las amenazas iban unidas á las caricias y las súplicas á los reproches. La gaucha, acurrucada junto á la silla del cantador, parecía palpar ante cada estrofa, sintiendo que aquello no era invención, sino verdad, y que ahí estaba para ella la vida, la ventura y la desgracia. De pronto, la voz quejumbrosa dijo:

«De terciopelo negro  
tengo dos sábanas,  
para enlutar la cama  
si tú te marchas.»

Entonces ella, la «china» de los ojos negros y el rostro enjuto, arrastróse literalmente hasta tocar con las manos las botas de su amante, y así, á sus pies, humilde y fogosa, clavó en él una mirada que fué una silenciosa y magnífica respuesta de esclava á la última copla.

Cuando estuvimos para marcharnos, después de una cena primitiva y sabrosa, el campesino se excusó de la humildad de su recibimiento.

—Ya ven los señores—nos dijo—: es un pobre rancho de gauchos...

\*

Esta última palabra, en aquellos leales labios rudos, me pareció contener más jugo de verdad que todos los estudios admirables en que los escritores de Buenos Aires y de Europa tratan de demostrar que el gaucha no existe ya. «No existe—dicen estos psicólogos—porque ya no hay la libertad de antaño,

que le permitía creerse dueño de toda la pampa; no existe porque en vez de comandantes de campaña, que se servían de ellos para preparar correrías, hay ahora una justicia seria y severa; no existe porque es imposible vivir, cual antes, sin pensar en el trabajo; no existe, en fin, porque el roce con los extranjeros, con los gringos, lo ha contagiado de progreso.» Es cierto que todo esto modifica la vida gaucha. Pero no hace desaparecer al gaucha. Porque el gauchismo, ó mucho me equivoco, ó no es un traje, un rancho de paja y un número ilimitado de leguas. Es algo mucho más profundo: es la encarnación del campo argentino en lo que tiene de libre, de supersticioso, de poético, de sentimental, de caballeresco y de bravo. El jinete de hoy va menos lejos que el de ayer, y en vez de temer, como Martín Fierro, que lo «estaque» un caudillo local, tiembla ante la idea de un juez de levita. Mas no por eso se deja el cuchillo en su casa cuando acude á la pulpería. Pendenciero es siempre, como es siempre enamorado y poeta. ¿Creéis que tales cualidades, que son las que le caracterizan, puede perderlas el gaucha por el

solo contacto con los extranjeros? Yo creo, yo quiero creer que no. Y por eso, en vez de decir, como Lugones, que el gaucho muere, aseguro, como Gerchunoff, que hasta los judíos, después de veinte años de vida libre en el campo argentino, merecen ser llamados los gauchos de Israel...



## La obra de Anchorena.

**E**STAMOS en las barrancas de Belgrano, bajo el ombú centenario. De pie sobre un banco de piedra, el intendente Anchorena me explica sus proyectos. La línea férrea que pasa enfrente, querría suprimirla, ó, mejor dicho, hacerla subterránea para llevar las arboledas de Palermo hasta el río...

—Todo se lo debemos al río—exclama—, y, sin embargo, ni siquiera tratamos de verlo. ¿Lo ha visto usted desde que está aquí?... Hay que verlo, sin embargo; hay que verlo, aunque nos cueste algunos sacrificios...

Mientras este hombre habla, yo le contemplo y no puedo menos de considerarlo cual un símbolo. Rico, joven, activo, con una sed de progreso y de reformas que no le deja dormir,